

Los retratos de la escuela

Son de muchísimo interés para todos y se aumenta con el tiempo. Yo mismo no tenía ni idea de uno de la mía hasta que un día me dice Angel Puebla:

—¿A que tengo yo una cosa que no tienes tú?

Y me dió los que se publicaron en el fascículo primero, de los que solo tenía uno. Esto no era por él sino por su padre, Enrique Puebla, que fue un hombre excepcional y había hecho de todo en la vida, habiendo sido hasta retratista y por aquel tiempo precisamente tenía unos cajoncillos, como vitrinas con retratos, colgados en la puerta de su casa.

Después se han publicado muchos y todavía me parecen pocos por el interés que despiertan en los lectores. Y no era cosa que se prodigaba porque en la larga vida de una escuela se encuentra un retrato o dos cuando mas, que corresponden al periodo de mayor florecimiento o a acontecimientos muy señalados, apareciendo siempre el maestro rodeado de los chicos o bien puesto en un extremo como capitán del barco.

Este que reproducimos hoy corresponde a la escuela de Don Demetrio como uno de las del libro anterior.

Las fotografías de ésta escuela se diferencian de todas en que nunca está el maestro, porque el retratista era él. Y en que son muy numerosas, porque cada año hacía una gran fiesta el día de San José, patrón de la escuela y retrataba a todos los chicos que iban.

Esta multiplicidad de fotografías da lugar a que unos chicos figuren en unas y otros en otras y cuando se publican se produce la extrañeza de los que faltan y quieren salir, como es natural.

En la publicada en el libro anterior con el grupo de El chico de Emilio, faltan algunos muy significativos que figuran en cambio en este de hoy aportado por Angel Ramiro, el del Banco, con sus correspondientes explicaciones y la rememoración de Angel Palmero Ugena, cuya pluma es seguramente la mas lírica e inspirada con que cuenta hoy la afición alcazareña a las buenas letras.

Don Demetrio aprendió el oficio machacando, que no es ninguna tontería, como el Sr. Bernardo, el Sr. Casimiro, como Engalgalebres, como el Cojito, como Aniceto y otros que tomaron a su cargo enseñarnos a leer y escribir y las cuatro reglas.

Los que no lo conocieron, es imposible que se lo figuren, pero pueden verlo como profesor en la escuela de los Franciscanos en el libro 41. Y pueden deducirlo por lo que de él nos dicen estos discípulos, que son fruto de aquel arbolillo. Y el Señor ya dijo de los árboles que por el fruto se conocerían, sistema aplicable a casi todos los maestros, y escuelas cuyas semblanzas publicadas, permiten apreciar como fueron los maestros, quienes fueron los discípulos y cuales los frutos de aquella ruda labor.

Ramiro ha puntualizado a los chicos de éste retrato en la forma siguiente: